

15
ALBANO ROSELL

EL PODER DE LA EDUCACION

Trabajo escrito
en julio de 1940
en Montevideo

●
01835

Ensayo de
«EL FOLLETO MENSUAL»
realizado por
LE COMBAT SYNDICALISTE
24, rue Sainte-Marthe, Paris (X^e)



EL PODER DE LA EDUCACION

PERSPECTIVAS

LOS que llevamos más de cuarenta años bregando para hacer comprender —¡ay, cuán infructuosamente!—, el valor de la infancia en todas las épocas; lo que los pequeños representan y son para el futuro; cuánto con ellos y por ellos puede conseguirse de humano, bueno, digno y vital, educados razonada y conscientemente... Los que podemos ofrecer una historial, si no brillante, si, al menos, sincero y desinteresado —pocos ciertamente hoy: Sebastián Faure, Magdalena Vernet, María Miller, entre ellos, y que me perdonen los que podría olvidar, si alguno olvido—, estamos en el deber de señalar, como en otras ocasiones lo hemos hecho, los errores cometidos por los hombres, las entidades, los núcleos humanos y sociales, al no apoyar las iniciativas que surgieron por doquier, desde hace más de medio siglo, susceptibles de mejora y de extensión, encaminadas al fin de dignificar la especie dignificando a la infancia (1).

(1) *El hecho de pluralizar y contarnos entre los escasos que han contribuido, con mayor o menor acierto, a esa obra dignificadora de la infancia por medio de la educación, podemos documentarlo revisando la colección de la revista Cultura de Sabadell, Barcelona, en 1906-1907, y la revista Infancia, de Montevideo, en 1912-14, hasta su número 26, además de otros comprobantes categóricos. Esta última colección puede consultarse en la Biblioteca Nacional donde nos consta existe.*

Y no debe detenernos falsa modestia y temores para hacerlo así, como no es vana palabrería la nuestra, y no lo es, por cuanto documentos comprobatorios de lo que podemos historiar, hechos y fechas a señalar, sirven de testimonios bien elocuentes para la demostración del error y la falla de los hombres y entidades pretendidos libres y despreocupados, al no conceder el valor que tienen los hijos, es decir las generaciones, tan presto a ser elementos activos y determinantes en la vida y la sociedad. ¡Así transcurre de veloz el tiempo!

Nuestra misión, en este momento histórico, no es otra que señalar ciertas intenciones de educación razonada, algunas de las cuales nos contaron como actores y a las que nos entregamos noblemente, si bien que sin resultado apreciable por causas varias, la felonía del supuesto afín, en algunas de ellas.

Y esas intenciones no significaban límites frontezos, ya que me refiero a una educación, una preparación humana, libre del morbo determinado por los hombres para poder dominar a los pueblos con los prejuicios de superioridad material, moral, racial, etc., ya que los que los llevábamos a cabo, desprovistos estábamos de tal género de rutina y estorbos, y los que debían apoyarlas —y que lamentablemente no lo hicieron en ninguna parte, estorbándolo a veces—, eran también los situados en el sector de mayor y mejor comprensibilidad, si bien que en este caso o relativo a ese punto, no captaron la importancia de tal obra, ilusionados por un revolucionarismo material, lírico, que la realidad del tiempo y los acontecimientos que siguieron y se producen, han demostrado ser un fenómeno inferior en cuanto a consistencia al que puede obtenerse por intermedio de la infancia, por una educación enfocada hacia un futuro promisor, por romántico que parezca.

Hasta el último tercio del siglo XIX, la lucha escolar en Europa y ciertas partes de América, era la de la enseñanza religiosa contra la enseñanza supuesta laica o viceversa.

A guisa de ilustración, señalo:

Son muchos los que ignoran que, en 1898, por sugerencias de Pedro Kropotkin, se creó un Comité pro enseñanza anarquista, en oposición a la enseñanza religiosa y burguesa que se impartía por doquier, Comité integrado por Eliseo Reclus, Luisa Michel, J. Ardouin, Carlos Malato, León Tolstói, Pedro Kropotkin, Juan Grave, etc., cuyos principios fueron los siguientes:

«... una enseñanza respetuosa con el más amplio criterio posible de libertad, debe, en su aspecto educativo, suprimir las tres formalidades siguientes:

a) *La disciplina*, que engendra el disimulo y la mentira; b) *Los programas*, anuladores de la originalidad, iniciativa y responsabilidad; c) *Las clasificaciones*, que motivan rivalidad, celos y odio.

» Después de tales supresiones, la enseñanza deberá y podrá ser verdaderamente:

- a) *Integral*, o sea tender al desarrollo armónico de todo individuo y proporcionar un conjunto completo, conexo, sintético y paralelamente progresivo en todo orden de conocimientos intelectuales, físicos, manuales y profesionales, ejercitando en este sentido a los niños en sus primeros años.
- b) *Racional*, o sea fundada en la razón y conforme a los principios de la ciencia actual, y no en la fe; en el desarrollo de la dignidad e independencia personal, y no en el de la piedad y obediencia; en la abolición de la ficción divina, causa eterna y absoluta de la servidumbre.
- c) *Mixta*, o sea favorecer la coeducación de los

sexos en una comunión constante, fraternal de los niños y niñas. Esta coeducación, en vez de constituir un peligro, aleja del pensamiento del niño curiosidades malsanas, y se convierte en las sabias condiciones en que debe ser observada, en garantía de preservación y alta moralidad.

- d) *Libertaria*, o sea consagrar, en una palabra, el sacrificio progresivo de la autoridad en provecho de la libertad, toda vez que el objetivo final de la educación es el de formar hombres libres que respeten y amén la libertad ajena.»

«La enseñanza —añadía el plan—, es un medio potente para infiltrar y propagar en los espíritus ideas generosas; al par que una ayuda de más valor que otra alguna para elevar el nivel moral de la juventud, es el más activo motor de progreso, por la acción directa que ejerce sobre la germinación de las ideas y sobre su dirección ulterior, pudiendo ser la palanca que alzaré el mundo y derribará para siempre el error, la mentira y la injusticia. En efecto, el mayor servicio que se puede hacer a la humanidad, es el de rasgar el velo que se le mantiene obstinadamente ante los ojos, mostrándole la pobreza de los argumentos en virtud de los cuales se le hace adorar ciertos ídolos que se le muestran como divinidades salvadoras. Realizar una enseñanza concebida en estos términos no debería ser obra de pocos, sino de todos los espíritus abiertos a las innovaciones importantes, deseosos de alta justicia y de moralidad social...»

El propósito de este Comité, según se desprende de sus definiciones en el plan transcrito, era eliminar la enseñanza fundada en el dogma de autoritariedad, sin sustituirlo por el de la anarquía, como bien claro se desprende y como puede colegirse si

tenemos en cuenta que anarquía es la faz apolítica de la Sociología, faz que la infancia debe ignorar, pero que, si es educada libre y voluntariamente, llegada la edad del propio discernimiento, del juicio responsable, de uso de razón, sabrá apreciar con mayor altura y dignidad de lo hasta hoy visto, y sostener y elevar con espíritu propio superior al que estamos acostumbrados, desgraciadamente, y que siempre estaría lejos del sectarismo y de la pasión que no razona, y así dentro del criterio que analiza, juzga y sabe lo que piensa y hace.

Desde que Victor Hugo, con afinado sentido de la realidad y visión clara del poder de la educación primaria, señaló que «esto», la Escuela, «matará aquello», la Iglesia, que los librepensadores y liberales de los países más castigados por el ultramontanismo: Italia, Francia, Holanda, España, Portugal, Bélgica, Suiza, Austria, etc., se dedicaron con fe a la implantación de escuelas laicas, en las cuales las asignaturas más preponderantes en la Escuela Pública de tales países: Religión, Catecismo, Historia Sagrada, desaparecían del programa suplantadas, en muchas ocasiones, por cosas de contraria significación o de sentido tan abstracto y pueril como aquello. La Patria, la Política dominante, el Civismo «chauvin», divagaciones absurdas, minucias bíblicas en ocasiones, eran lo que sustituía a aquellas ficciones de rutina, fanatismo y esclavitud.

Y es que, aquellos librepensadores y liberales, no concibían que «esto», la Escuela, «matará aquello», la Iglesia no oponiéndole otros fanatismos, otras rutinas, otros dogmas, nuevos ritos, otros símbolos, sino haciendo de la Escuela el crisol forjador de voluntades, caracteres sentimientos, ideales libres, elevados, superiores y propios, a base del respeto y dignificación de la entidad niño, presto actor social.

La instrucción por la instrucción, la Escuela por

la Escuela, la enseñanza por la enseñanza, no pueden librar al alumnado de caer, al ser mayores, en todas las rutinas e ignorancias preponderantes en la sociedad cuya misión es pugnar por persistir e imponerse, como vemos a pesar del alfabetismo furioso que no logra desesclavizar a las masas. Y no lo pueden evitar, por el escepticismo que les ocasiona al constatar que toda la enseñanza sólo significa suplantación de unos errores o unas ficciones, por otras —y no se sulfuren los laicistas furiosos—, pues son errores o ficciones todas aquellas cosas que fallan por su base, que pueden transgredirse y contradecirse sin rubor y sin peligro, como hemos visto y vemos en infinidad de religiosos que usan ritos y dogmas para usos propios; políticos que arengan multitudes con promesas ardorosas de libertad, justicia, democracia, para darse vuelta u olvidarse de todo al menor contacto con los intereses particulares; a los «sostenedores» de la Patria, de las Constituciones venerandas, de los Derechos sagrados, borrar sus juramentos de una civilidad mentida..., y convertirse en los amos que combatieran antes, o en amparadores de regimenes condenados en sus discursos de captación.

Y ese falso miraje en que cayeron aquellos hombres, perdura hoy, a pesar de los intentos de borrarlo que se han realizado durante medio siglo, lo que nos exige de cargarles culpas por cuanto su buena fe y buenos propósitos les libran de pecado. Al señalarlos, pues, no nos guía otro afán que el de lograr una enmienda, si se llega a tiempo, en los que deben seguirnos, enmienda que debe consistir en no buscar ni ver en la infancia, en los hijos, en la Escuela, elementos apropiados para propagandas partidistas, para inclinaciones determinadas, para captación de voluntades hacia determinados sectores, sino utilizar aquellos medios para fortalecer la

verdad, hacer carne la justicia, convertir en apostolado la fraternidad, lograr que no sean vanas concepciones retóricas o líricas esos principios hasta hoy no convertidos en realidad ni puestos en vigor con el sentido de dignidad que como civilizados nos corresponde.

No; Víctor Hugo, al señalar que la Escuela mataría a la Iglesia, quiso referirse a una Escuela en que se impartieran conocimientos sólidos, verídicos, razonados, y se forjaran voluntades, caracteres, temperamentos propios y desprejuiciados que supieran discernir y responsabilizarse de sus acciones. Y aquellos librepensadores y liberales creyeron, de buena fe —lo admitimos sin duda—, que con sólo sustituir unas asignaturas, pero aceptando todo el resto de la enseñanza: textos materias, sistemas, métodos, etc., ya cumplían una misión estimable, como muchos lo creen hoy todavía.

En Francia, donde mayor era la necesidad de una obra digna en ese sentido, si quería mantener su nivel de país cumbre del saber, señalada además por figuras tan preclaras como Los Enciclopedistas en sus declaraciones filosóficas, científicas, políticas, sociales, éticas, que los sindicaban como estimables precursores, así como por sus intelectuales que no dudaron en indicar el mal: Michelet, Sué, Guyau, Vallés, Hugo, Zola, etc., sentíase impelida a no cesar en la obra, y la implantación de la Escuela Laica fue una realidad, como luego, realidad fue la limitación de la influencia de la Iglesia merced a la Ley Combes. Pero esa vía recta y que debía ir en ascendencia, ya antes fue quebrada por la infiltración jesuítica y plutocrática, como vimos en la represión comunalista, y después por el caso Dreyfus, que marcó el límite de la infiltración para anular lo que se pretendía por la Ley Combes, al ceder las inclinaciones liberales simplemente protocolarias.

Y nuevamente la Iglesia tuvo vara alta e influencia preponderante en los dirigentes de la nación, que si pudo ser el cerebro del Mundo y el crisol liberal europeo, cayó nuevamente bajo la órbita secular del papado, que era ir a la bancarrota, de la que la libró momentáneamente el triunfo en la guerra 1914-18, gracias a la cooperación recibida de la masa liberal europea y al tesón de Clemenceau, odiado por la clerigalla que no podía olvidar su intervención dreyfusista. Pero Francia no pudo ni supo recuperar el espíritu precursor y la visión social requeridos, llegando a la caída de 1940, justamente por la carencia de hombres de sentido liberal y sobrados tipos economistas y bancarios —la burguesía de la época—, y por hallarse saturada del espíritu conservador, religioso, egoísta, patriotero que pariera la enseñanza de lustros bautizada de laica, mas repleta de dogmatismos y de ignorancias, como se refleja en todas sus manifestaciones intelectuales, excepciones escasas pero honrosas, que no pudieron vencer a los aprovechados dirigentes amasados en las aulas jesuitas, numerosas y potentes en Francia (1).

(1) *Justino L. E. Combes —1835-1925—. Estudió en el Seminario de Castres y en la Escuela de los Carmelitas, lo que demuestra que puede conocerles. Como ministro de I. primaria, Bs. Artes y Cultos, en el gobierno de Baldec-Rousseau (1895-96), quiso poner a raya a la Iglesia y planteó la separación verdad del Estado con ella, estableciendo la verdadera laicización de la enseñanza, privando a las órdenes monásticas y religiosas del derecho a la enseñanza, produciéndose tal movimiento clerical que logró su caída, con lo que se demostró que la república francesa lo era solamente de nombre. Entre sus traba-*

Francia: tuvo una época brillantísima en la historia humana. Tuvo hombres preclaros, seres precursores que echaron al mundo su fe y su ideal en admirables páginas doctrinarias repletas de elevado sentido filosófico, de profunda austeridad política, de estimable ordenamiento social, de gloriosos principios éticos que a todos sorprendieron, traspasando las fronteras y constituyendo las doctrinas de muchos libertadores de pueblos y combatidores de tiranías: Garibaldi, Artigas, Alberdi, Martí, Bolívar, Sarmiento, Sucre, Maceo, Rizal, Montalvo, Hostos, etc., pero fue Francia, nación, la que no se enteró de sus valores para ponerlos en acción, o no supo jamás que de la gloria solamente no se vive, ya que la gloria debe traer tras sí la realización. Francia tuvo una Revolución señaladora de rutas libertadoras, faro valioso para los Derechos del Hombre y la Dignidad Humana, pero Francia dejó transcurrir el tiempo y esos postulados quedaron como teoría cómoda, nada más.

Y, sin embargo, fue Francia el crisol donde más se trató de plasmar una educación —una educación, digo—, basada en los principios de la razón, la ciencia, la naturaleza, la vida, la fraternidad humana; una Educación Integral, no de nombre como la esgrimen muchos, sino de realidad y producto de estudios fundamentales y deducciones de hombres que supieron reunir y aprovechar todo el rico material teórico que hacia la infancia sabiamente tratada y atendida se dirigía, suministrando de siglos por filósofos, sociólogos, científicos, humanistas, psicólogos, moralistas de por doquier. Desgraciadamente, esos intentos fueron malogrados merced a la

jos en ese sentido, hay que destacar «Una campaña laica», 1904, y «Una segunda campaña laica», 1905.

influencia jesuítica en Francia, como malogradas fueron las aspiraciones de los Enciclopedistas aún vírgenes de aplicación en su sentido social y humano (1).

Francia, en muchos de sus hombres, dio luces admirables, pero ella ni se aprovechó ni logró se implantaran a su torno. Y llegó el momento que careció, incluso, de los valores esenciales para rodearse de estima y cumplir dictados morales, que para una nación pretendida libre y democrática, igualitaria y fraternal, debían constituir su más preciado tesoro. Y no hay que olvidar que la carencia de tales valores, obra es de la Iglesia dominante en Francia, cuyas escuelas, institutos, liceos y universidades, regentados por jesuitas de sotana y de levita, son los suministradores de dirigentes y potentados, amparados en un liberalismo y una tolerancia que la fue estrujando hasta lo que presentamos hoy.

ENSAYOS DE ENSEÑANZA LIBRE

Esa táctica de ser los institutos, escuelas, liceos y universidades regentados por jesuitas u obedeciendo a los dictados de tales elementos, es general por doquier, y los «dirigentes» y potentados de todos los países, en su casi totalidad, salidos son de tales instituciones, llevando consigo el sedimento mediocre y nulo en cuanto a su carácter, a su ética, a su modalidad domesticable con tal de sobresalir, con ventaja, sobre cualquiera, ya que en su bagaje cultural, intelectual y moral, predominan por, sobre

(1) Véase: «Enseñanza Integral», conferencia dada en 1905, en Sabadell, Barcelona.

todo, los conceptos básicos que son fundamento de los éxitos jesuíticos en todas partes. «Calumnia que algo queda», es uno de los postulados bastante conocidos, como lo es el de «el fin justifica los medios», el de «quien no está con nosotros, está en contra», y tantos y tantos otros que son consecuidores del triunfo y que disculpan de escrupulos, temores y responsabilidades a los que saben usarlos con arte y sin rubor, como vemos en los conflictos presentes, lo que explica el porqué el jesuitismo se siente más cerca de los totalitarismos con los que puede entenderse, que con los países que tienen resabios de libertad. De las aulas regentadas por la taifa jesuita, sean confesionales o laicas —la religión, cuando estorba o no puede servir de freno y de modorra o de conquista, se deja de lado—, salen los triunfadores en la vida: políticos, financistas, militares, silogistas, sabios, retóricos eruditos, todos cuantos llevan el germen bien incrustado del «après moi, le déluge» (1).

En 1883, inició en Cempuis su obra magna Paul Robin, al hacerse cargo del Orfelinato Prevost, en el cual implantó el sistema coeducativo y estableció normas de educación integral razonada, basadas en

(1) A finales de junio de 1940, pudimos leer en la prensa diaria la noticia, para nosotros natural y esperada, de que «el jesuitismo admiraba y aplaudía al hitlerismo», y en los telegramas del 9 de julio se pudieron leer los «elogios que el órgano del Vaticano, oficialmente, prodigaba al mariscal Pétain, entregador de Francia, instrumento de la Iglesia y dictador a las órdenes de Alemania. Total, el juego de siempre, como recientemente se viera en España, situándose obispos y curas al lado de Franco y de la morisma «salvadora».

las teorías de pedagogos, filósofos, sociólogos y psicólogos hasta entonces poco estimados, y sus propias experiencias de veinticinco años de prácticas y estudios.

La obra de Robin iba constituyéndose en cuerpo de doctrina y en demostración de que la Escuela rutinaria corriente debía cambiar de rumbo para cumplir una misión fuertemente liberal y sinceramente laica, mas ello significaba una censura a la escuela del Estado y a la jesuítica, y ello motivó el que se buscaran pretextos y se declararan rivalidades que llegaron al malogro de la obra, en cuya campaña contra Robin, el clericalismo no dejó de figurar en convivencia con el funcionario oficial, instrumento suyo que hábilmente utilizara la calumnia para vencer al educador racionalista y destruir su obra. Eso no son referencias caprichosas, ya que pueden constatarse en la colección completa de «L'Education Intégrale», la revista de Robin de feliz recuerdo y valiosa por su contenido, desde 1883-1896.

¿Qué hicieron los hombres liberales, los propagadores de avances por la obra y la lucha de Robin? Se conmovieron y lo contemplaron como un espectáculo interesante o curioso, pero no pensaron jamás que aquello podía ser un instrumento de emancipación, de libertad, de dignidad humana (1).

Otro francés, Sebastián Faure, vio en la formación y educación de la infancia una tabla para el porvenir, un medio para librar a los actuantes fu-

(1) En 1911, en las Ediciones de la «Société Nouvelle», se publicó de Stephen Mac Say una obra: «Vers l'éducation humaine - Le laïque contre l'enfant», que ratifica cuanto venimos apuntando. Un volumen, 142 páginas. París.

turos del medio social, de caer en la rutina y mezquindad humanas, y creó «La Ruche», plasmando un plan de acción teórico-práctico que debía merecer la confianza de los hombres libres. Sus «Propos d'Éducateur» son todo un programa, pero su realización tropezó con inconvenientes y dificultades de toda especie, dimanados ya de los elementos oficiales y fuerzas legalistas, ya de la indiferencia o crítica de sus camaradas en otro orden de actividades. Y de ahí que «La Ruche», o sea el lugar, la columna que en Rambouillet funcionaba, semejante a una fragua o un obrador educativo, tuvo que ser vencida ante la impotencia en sortear todos los obstáculos.

Hasta hace poco, otra institución similar, también en Francia, «L'Avenir Sociale», sostuvo brava lucha para extenderse y afianzar sus afanes de educación razonada de la infancia libre, mantenida por la tesorera Magdalena Vernet, pero no pudo conseguir jamás el apoyo y afirmación de la obra como seguramente lo soñara y mereciera.

Cabe dejar constancia que instituciones similares surgieron en Italia, Suiza, Bélgica, Alemania, Holanda, Austria, etc., durante el periodo de 1890 a 1915, y en algunos de cuyos puntos, después de la guerra, volvieron a manifestarse con más o menos vigor, si bien en ninguna parte lograron no ya imponerse como elemento de eficaz lucha hacia la emancipación y dignidad humanas, sino en cuanto a importancia, al lado de la lucha sindical, ideológica de los grupos proletarios, de las aspiraciones voceadas por librepensadores, avanzistas o sectores que decían perseguir fines de elevación de especie.

Entre nosotros, en el Uruguay, el intento que hubo de escuela educativa razonada, ni siquiera pudo cumplir los grupos que se necesitaban para el ensayo, puesto que los que debían apoyarla no lo hicieron.

ron, pretextando algunos que la Escuela del Estado ya era racionalista, lo que motivó que, con los comprobantes innegables de tal Escuela se les demostrara, en 1913, que no sólo no era racionalista, sino que ni siquiera laica, demostración que sorprendió incluso a muchos maestros, que nadie pudo destruir, y que hoy, después de veintisiete años transcurridos, cualquiera que lo intentara podría demostrarlo aún (1).

Se podría preguntar, ¿por qué los hombres de pensamiento libre, los grupos sociales de vanguardia, las instituciones avanzadas y los centros proletarios no coadyuvaron en tales iniciativas, para lograr que en vez de ensayos se convirtieran en realidades esplendentes y poderosas, como lo consiguen las instituciones jesuítas? Por si conviniera expresar una conclusión que estimamos fundamental por observaciones directas y constataciones amargas muchas veces, podemos señalar que los hombres supuestos libres, las instituciones y los centros que debían apoyar, por muchas causas, tales iniciativas, estiman a las criaturas y su formación, cosa de poca entidad, misión pueril, y que, con alfabetizarlos de cualquier manera —que muchas veces significa estu-

(1) Véase: «El racionalismo de la Escuela corriente», marzo de 1913, en la colección de «Infancias». Para cuanto se diga sobre esta labor en el Uruguay, consúltese dicha revista de la que nos hacemos responsables de casi todo su contenido durante el tiempo que estuvo a nuestro cargo. Después del cual, no obstante, continuó, pero su valor fue tan mediocre que desapareció bien pronto, así como la Liga Racionalista que fundáramos, carente del calor, aptitud y responsabilidad que le dimos antes de que la felonía hincara en ella el diente.

pidizarlos—, ya se cumplen con ellos, que no merecen la pena de dedicarles el tiempo que destinan a camaraderías, relaciones de club, disfrutes no siempre valiosos.

Si pasamos a España, otra de las naciones carcomida por el virus clerical, el problema de la infancia es semejante al de Francia, en lo que hace referencia a su educación y cultura.

La ignorancia, la rutina, la tradición, el dogma absurdo imperaban en sus aulas de manera aplastante y definitiva, lográndose, en el último cuarto del siglo pasado, menguadas y pobres manifestaciones de pretendida liberación, merced a ciertos núcleos propulsores del laicismo escolar, de lo que en Cataluña y Valencia fue alma el conocido maestro Gabarró. Todo ello, no obstante, no era un encarrilamiento racional y potente contra la escuela retardataria, puesto que ni métodos, ni textos, ni ideales de futuro se pusieron en evidencia, sino la liberación de un fanatismo para caer en otro con frecuencia.

En el comienzo del presente siglo, otra manifestación escolar nueva hizo irrupción en Barcelona, gracias a un donativo destinado a fomentar en España una enseñanza más esclarecida, donativo administrado por Francisco Ferrer, quien estableció un centro escolar recogiendo sugerencias de lo observado en Francia con Robin y Faure, y con planes de un científicismo y un racionalismo tal vez poco en consonancia con la obra de formación de la infancia libre y liberada de influencias de mayores. La carencia de educadores que tuvieran claro criterio y visión superior de la personalidad y los derechos del niño, así como un espíritu de un revolucionarismo profesoral inadaptable para la infancia, que al ser adultos se convencerían del lirismo ineficaz de su preparación, restaron éxito a esa obra, desde

el punto de vista de un resultado eficiente y razonado en los caracteres y voluntades de las criaturas allí educadas.

Recordando aquellos comienzos —cabe señalar que todo era susceptible de enmienda y mejora—, había que agregar la lucha entablada por la monarquía, el jesuitismo y las «clases dirigentes» españolas, contra la Escuela Moderna y las surgidas a su alrededor, ciertamente, en general, bien mediocres. La represión de 1906, a consecuencia del atentado de Morral, logró el cierre de dicho ensayo de escuela racionalista a los cinco años de actuación, tiempo insignificante que no permite apreciar el resultado de una obra escolar.

La iniciación, en 1901, en Cataluña, de la Escuela Moderna, a base de proporcionar una enseñanza científica y racional, hizo que infinidad de centros escolares laicos platónicos, adoptaran el precinto de racionalistas, pero ni se contaba con maestros de disposición y conocimientos adecuados, ni los centros, Comisiones y Protectorados sabían claramente lo que pretendían. De manera que la modificación de propósitos y algún centro nuevo con vistas a especulación política, no significaron un avance, lo que explica que, una vez cerrada la Escuela Moderna en 1906, aquellos centros disminuyeron mucho, acabando por casi desaparecer a partir de 1909 en que Ferrer fuera fusilado.

La Escuela Moderna de Barcelona, que si bien no significaba por el momento una institución educativa fundamental y si sólo un centro escolar algo más vasto y mejorado que el laicismo en boga, al desaparecer como crisol pedagógico, quedó como firma comercial editora, y escasos centros quedaron en Cataluña y en el resto de España que pudiesen significar una esperanza para el futuro, centros en general, señuelos de instituciones políticas que los

sostenían para el logro de subvenciones a su favor y cierto proselitismo de masa, a tal punto que ya en vida de Ferrer, el partido republicano radical que acaudillaba el felon Lerroux se sirviera del nombre de Ferrer para una candidatura que le convenía ganar en elecciones de diputados, aprovechando la popularidad que consiguiera a raíz de su liberación de las garras del maurismo después del hecho de Morral.

En 1904, por amistad con Ferrer, nos iniciamos en las tareas de formación de los pequeños, munidos de afanes de practicar doctrinas y principios basados en el respeto a la integridad del pequeño ya su preparación para el futuro, teorías y doctrinas captadas de los grandes precursores, y tuvimos que desprendernos de casi todo lo visto en la Escuela Moderna e incluso de casi todos sus textos, en aras de conseguir nuestro propósito educativo, no enseñante solamente, y mucho menos maculado con pasiones inadecuadas para la infancia.

Conseguida cierta independencia, creamos un centro propio, que duró hasta 1909, en que la represión maurista, a causa de la llamada «semana trágica» de Barcelona, lo cerró con saña particular. Trasladados a América, quisimos comprobar lo realizado o realizable en el sentido educativo escolar razonado, pero grandes descepciones nos esperaban, tanto en Argentina como en el Uruguay. Retornados a España, pudimos comprobar que poco había que hacer en el sentido anhelado, después de unos años de infructuosa brega (1).

(1) En América hubo algunos intentos también, destinados a fomentar y desenvolver la enseñanza racionalista en oposición a la supuesta laica que imparte el Estado. Al efecto, es bueno recordar lo

Y el panorama relativo a una estructuración escolar integral, armónica, razonada, de promesa para el futuro, fue igual por Europa. Ensayos, propósitos, iniciativas que no consiguieron un interés general, ni siquiera el de los hombres y núcleos que tenían el deber moral, ideológico y táctico de apoyarlos, formentarlos, nutrirlos.

CARENCIA DE VISION EN HOMBRES Y NUCLEOS

Habían transcurrido más de veinte años de brega teórica y práctica para la consecución de un interés en los medios sindicales y avanzados hacia la infancia, y recordábamos los reproches recibidos en nuestros comienzos entusiastas, por parte de estimados y admirados camaradas. Recordábamos que, a comienzos de siglo, siendo muy jóvenes, personas de solvencia ideológica, curtidos en luchas recias, procuraban frenar nuestros impetus educacionales, argumentando que la educación de la infancia era cosa lenta, tardía, poco eficaz como elemento de lucha y como para consagrarle medios y tiempo, por cuanto la batalla del momento, el imperativo categórico de combatir la explotación del hombre por el hombre de continuo para lograr mejoras en el horario y en el jornal, reclamaban el concurso de todos, sin distraerse en cosas como las escolares que

hecho en Buenos Aires, que pudo haber sido promisor si cuantos debían le hubiesen aportado su concurso real, no en teoría como fue. Lo mismo podemos decir de Cuba, en donde algún esforzado paladín vio malogrados sus intentos merced al espíritu lamentable que suele impedir muchas buenas cosas.

tardan en dar fruto, si es que pueden darlo, objeciones y teorías que no nos convencieron nunca, y que hoy, como ayer, podemos señalarlos como errores imperdonables de los hombres, entidades y postulados que dicen bregar por el bien humano y la consecución del futuro ser libre y digno que se reclama.

Personas que estimábamos en mucho, habían herido nuestra juventud con tales argumentos, entre los que podemos recordar a José Moreno y Ricardo Mella, entre otros de figuración en las lides proletarias, y justamente fueron ambos camaradas, el primero personalmente y el segundo por escrito, los que tuvieron que reconocer sus fracasos en sus hijos, que ni siquiera lograron prescindirán de las ceremonias religiosas al contraer enlace —mancillando las luchas de sus padres de años—, lo que les obligó, por un resto de pudor y de dignidad ideológica, a retirarse del campo de su lucha, cuando tanto de brillante y eficaz habían dado, fallando solamente en aquello que estimaran secundario y que palpaban ser fundamental, tanto más cuanto que, la otra brega, la diaria, mejor les podía estimular para dejar a sus retoños un lugar libre de cizañas, campo desbrozado que facilitara su intervención cuando fuera reclamada, misión que compete al militante convencido, que falla lamentablemente si no llega a convencer a los suyos (1).

A nuestro paso por distintos lugares y medios avanzados, hemos constatado centenares de casos, percibido centenares de quejas, y es porque el hombre de acción, en su fanatismo o en su pasión de

(2) Estos tópicos fueron tratados con alguna mayor amplitud en nuestras conferencias: «El Pueblo Soberano» y «Lucha de Clases», dadas en 1917 en el Ateneo Popular de Mahón (Baleares).

combatiente, no percibe lo rápido que transcurre el tiempo, y que aquellos retoños que acariciamos y con los cuales nos creemos cumplidos con ponerles un nombre que se salga de lo vulgar, serán presto nuestros sustitutos en la brega y los propulsores de la actividad social, política y moral de la sociedad, que al descuidarlos, les hacemos víctimas del medio absorbente y corruptor, de las relaciones inadecuadas que nos transforman en enemigos inconcientes.

Y en eso estamos aún, y cabe reconocer que la experiencia del pasado debería aleccionarnos, así como la experiencia que nos ofrece una gran nación vencida y una triunfante por haber sabido aglutinar en lo escolar y educativo, todas sus ambiciones, afanes e inquietudes.

Y aludo a Alemania, la Alemania de hoy, que ante la decadencia de la Francia de ayer, se levanta potente y bárbara, merced a haber sabido utilizar todos los resortes de formación de la infancia, la pubertad y los adultos susceptibles, hacia el fin perseguido, que es la enseñanza que podemos sacar del actual momento histórico, como la señalamos, y podíamos haberla podido aprovechar, veinticinco años atrás.

Y decimos esto con base y fundamentos ciertos.

En 1915, en plena guerra europea, dimos una serie de conferencias con el título general de «El actual momento histórico y los problemas educativos», en una de las cuales, la titulada, «La Guerra y la Escuela», señalábamos la influencia de ésta en el conflicto, y véase como, al través de ese tiempo, lo que referente a Francia y Alemania indicábamos, cobra realidad actual, pues cuanto decíamos sobre ambas naciones, podría repetirse subrayándolo más para aumentar aquellas verdades tan naturales y

vistas por cuantos no nos dejábamos dominar por «ismos» más o menos placenteros (1).

Y la realidad de hoy, aparte de lo señalado sobre las culpas de Francia y su escuela laica negativa, por carecer de idoneidad, de estructuración y del alma que debe poseer toda organización destinada a conducir a la infancia, nos libra de nuevos detalles que podrían parecer morboso instinto de globo defectos y culpas, que harto pesan sobre un pueblo castigado por sus propios errores, pero en cambio, no pueden ser motivo para destacar justa e imparcialmente, lo que la educación destinada a un propósito cualquiera puede conseguir, y ese ejemplo, apreciándolo en todo su valer y sin escrúpulos de un puritanismo fuera del momento, nos lo ofrece la Alemania actual con aterradora elocuencia.

En efecto. A partir de su tratado de paz de 1918, Alemania, a pesar de su revolución «republicana», a pesar de las restricciones a que se la sometió no pensó en otra cosa que en proseguir la obra de siempre, la obra del teutonismo inveterado, es decir, la revancha, con mayor intensidad y disimulo que antes, pero no con menor fe que la de después del 1870. Y desde entonces, no dejó un momento de pensar en el desquite, de creer en su superioridad racial ni desconocer su capacidad intelectual, científica e industrial superiores a las de otro pueblo cualquiera... El espíritu teutón no fue abatido ni mucho

(1) Véase: «El actual momento histórico y los problemas educativos». Primitivamente fue dado en catalán, agotándose las ediciones que se hicieron. En 1917, la Biblioteca «Educación» de Alayor (Menorca), completó la serie: «La guerra y nuestros puntos de vista», «La Escuela y el Cuartel» e «Instrucción y Analphabetismo».

menos desengañado, antes al contrario, se convirtió en ideal, en alma del pueblo, y a pesar de la numerosa literatura de post-guerra, destinada a hacer sentir el horror por la matanza y a desdeñar nuevas luchas y sufrimientos como lo pasado, ese ideal, ese espíritu, esa alma, fue infiltrándose en el pueblo por medio de la Escuela, de los institutos, de las universidades, constituyéndose en el armazón de la escolaridad total, representando el afán único de formación de las generaciones nuevas: la que tenía diez años entonces, la que surgiría pasada la tormenta. Por eso, en una de las conferencias de hace veinticinco años, a que me he referido antes, señalé, al recordar los créditos de guerra votados en las cámaras alemanas por la numerosa representación socialista de entonces —lo que sorprendió a todo el mundo—, que no había que olvidar que «aquellos diputados antes que socialistas eran alemanes». Y por eso es comprensible el resultado de la labor de capacidad para la revancha, no ignorando que son excepciones los que comprenden el sentido de humanidad de sus filósofos, sociólogos y moralistas.

Así, pues, había buena base para que el espíritu de la enseñanza, el alma de la Escuela, el ideal formativo de los nuevos actores en la vida social y política, económica e industrial, lo formaran los, para ellos, postulados básicos de la revancha, del desquite, de la superioridad teutónica, y una escuela que tiene alma, ideal, espíritu, es de una eficacia invencible.

¡Ah, si ese ideal, esa fama, ese espíritu, hubiesen estado al servicio del bien, de la dignificación de especie, del sentido de libertad y de justicia, otro habría sido el destino humano! Pero, no; su finalidad no fue otra que la revancha, el desquite, la imposición de su superioridad ciegamente creída por

un morbos felón. Alemania prefirió seguir morando en el palacio de Gibichungen junto a sus ocupantes cargados de odio y de hipocresía, en vez de convertirse en Brunilda o Sigfrido el libertador para asombrar al mundo. Prefirió ser Pafner, el dragón, en vez de dignificar a Erda paridora de hijos nobles y leales.

LA PESADILLA ALEMANA

Y durante veinte años, Alemania siguió supeditando todos sus valores y todas sus acciones, a tales fines, con una intensidad y firmeza jamás vistas, y forjó una educación laica, no una enseñanza solamente, una educación, es decir, un modelamiento en los seres destinado a aquel propósito, siendo todos los medios a emplearse, justificados y admitidos, sino de grado por la fuerza. Y cuando parecía dudar de la persistencia y del ritmo preciso para hacer firme el plan; cuando se suponía tambaleante la finalidad, por la influencia negativa de opositores que no olvidaban la dura prueba de 1914-1918; cuando una revolución o un cambio, con las inquietudes de lo desconocido que podía surgir, atemorizados los pueblos vencedores que nada habían hecho para fortalecerse por la educación, sintieron el miedo a la incógnita, prefirieron la exaltación de lo reaccionario y pasional a la libre determinación de un pueblo. Y surgió lo que faltaba a Alemania, a la Escuela alemana que sentía flaquear su alma, su ideal, su espíritu; surgió el mito, el mito con todas las facilidades de imposición, que llegó a tiempo para fortalecerla, aplicando todo el rigor necesario a la consecución de los propósitos preferidos.

Y los centros de formación intelectual, ética, científica, psicológica, filosófica, brutales y bárbaras si

AEPC - CDHHS
BARCELONA

se quiere, pero que respondían a propósitos no des-
deñados aún por la masa, la que reaccionó a pesar
de todo, retornaron con más vigor y regimentación
al espíritu de la revancha, al ideal de desquite, al
sentido de superioridad racial, refrendados y prome-
tidos por el mito que los pueblos vencedores, con
una ingenuidad ratificada y repetida en actos ver-
gonzosos, proporcionaron a aquel pueblo, por temor
a la incógnita de una rebelión y al afán de seguir
disfrutando de privilegios económicos y financieros,
no siempre diáfanos.

Esa y no otra, es la realidad alemana de hoy,
merced a haber forjado una educación primaria, se-
cundaria y universitaria con alma, espíritu e ideal,
sin preocuparse de laicismo, confesionalismo o neu-
tralismo escolarista, términos que no significan gran
cosa cuando no se les agrega una estructuración,
una doctrina, una base ágiles que demuestra su
núcleo formativo y real, capaz de infundir fe y
valor a sus artifices apostólicos y a sus abrevantes
en las puras aguas.

Si el mito alemán pudo, al poco tiempo, reprochar
a sus mesnadas el destino de los recursos hacia la
potencialidad guerrera que era la revancha, el des-
quite —es decir, el ideal, la fe—, en vez de manteca,
que es lo material, lo burdo, ofrecerles cañones, y
dominar los atisbos de descontento que pudieran
manifestarse, es porque el terreno propicio estaba
labrado y la semilla en él ya en brote. Por eso los
bárbaros que la teutonia echara por doquier a
imponer sus tácticas y principios, estimados supe-
riores por ellos, oscilaban entre los 18 y 30 años,
secundados, claro está, de grado o por fuerza, por
los que habían pasado la tragedia anterior, y que
ante el mito, sintieron revivir su amortiguado afán

de desquite, de revancha, y despertar el dolor o
vergüenza pasados al marcar su derrota.

El poder de la Educación queda, pues, bien pa-
tente.

La guerra de 1939 es, según lo señalamos en 1915,
como la anterior, obra de la Escuela, no por lo que
pudo hacer, sino por lo que dejó de hacer, y como
Francia —además de otros errores fundamentales—,
olvidó forjar el espíritu, el ideal, la fe en su pueblo
—no queriendo hacer caso al pensador cuando dijo
que, «donde hay una luz, hay siempre el jesuita
que sopla»—, tropezó con su debilidad, por que no se
olvide, repito, que la patria, la religión, no son
ideales, son solamente vaguedades, retórica en tanto
no pueden presentarse como realidades tangibles,
posibilidades notorias, como lo representaron para el
alemán dada la estructuración total del organismo
enseñante ya bosquejada.

Y es que, mientras Alemania lo sometió todo al
ideal, al espíritu y a su fe, Francia se contentaba
trazando una línea defensiva infantil, por la cual
debían forzosamente cruzar los invasores, unos inva-
sores que, unidos de un propósito vengativo y de
un espíritu vencedor, no titubearían en pasar por
donde se les antojara. Mientras Alemania utilizaba
todos los medios a un fin, Francia le suministraba
elementos para rearmarse, atizándola contra otra
nación, olvidando que, sin escrúpulos ni temores,
podía hacerle caso y emplear todo aquello contra
ella, como así ocurrió, sin que su escuela laica,
carente de ideal, de alma, de espíritu, de fe, conser-
vando ingenuamente el elemento que sopla toda luz,
lograra retemplar el pueblo para oponerse al inva-
sor, por lo demás munido de más y mejores elemen-
tos que los especuladores financieros franceses y de
cualquier otra nacionalidad —la banca carece de

patria, religión freno—, salidos de las escuelas laicas y jesuíticas, habían facilitado al enemigo —«des affaires, sont les affaires»—, con la tonta ilusión de que golpearían a otra parte.

Para el francés medio, Napoleón es un héroe. Así lo exaltan en la historia que leen los instruidos en las escuelas laicas o clericales, como en las historias oficiales de todos los países. Sin embargo, la mano al corazón y el pensamiento en alto, cabe reconocer que Napoleón y sus afines no fueron más que precursores de los «protectores» de pueblos actuales. De manera que, en rigor, para Francia, Napoleón no debe ser ni significar un héroe; es su «inri», el triste «inri» en su cruz actual.

Alemania tendrá también su «inri» moderno. Esa nación que, si en vez de la revancha y el desquite, hubiese pensado en el camino que le señalaran sus filósofos, artistas, pensadores de humano sentir, que los tiene, y hubiese empleado sus cualidades y su riqueza —esa inmensa riqueza destinada al mal—, para rehacerse como podía, extendiendo por el mundo libremente su saber y poder, en vez del espíritu e ideal de conquista, con el espíritu e ideal precursor y fraternario, con lo que habría conquistado a todos; si en vez de emplear todos sus ingentes recursos para la destrucción y la matanza, sacrificando a su pueblo bien digno de mejores destinos, los hubiese utilizado en su industria fecunda, en vez del pueblo depauperado y mal visto por doquier, temido y repugnado —el temor no engendra estima—, hubiera tenido un pueblo admirado. De ahí que Alemania, pasados estos momentos, tendrá también su «inri», no su héroe como se piensa ahora; tendrá su «inri» en el mito que la condujo al repudio de todo ser noble y normal.

Y ambos pueblos, la Francia de ayer y la Ale-

mania de hoy, que pudieron haber sido grandes naciones guiados por sus hombres de pensamiento libre y de sentir generoso, prefirieron dejar la mala impresión de su decadencia por ignorar que el pueblo, la masa, el conjunto social, de nada valen si no alienta en él una idea, un pensamiento de supe-
ración y de dignidad propia.

ANTE LA INCOGNITA

Cabe preguntar ahora, si habremos de dejar en ese crisol, no a la Europa malograda, sino al mundo entero, o habremos de fundir una concreción que nos dé una Humanidad nueva y digna, en el crisol que nos dejaron los precursores que tan poco supieron utilizar.

Los hombres libres; las masas castigadas, los pueblos aherrojados; los productores de la riqueza social en el mundo, de una vez por todas, tienen la palabra y deben proceder sin temores y sin dudas; siguiendo los ejemplos de constancia y orientación que las fuerzas regresivas, las fuerzas de mal nos han dado durante siglos, con tantos menos escrúpulos cuanto que los fines y los ideales a poner en vigor, son la dignificación de especie y el bien humano.



AEP - CDHS
BARCELONA